

BABEL

REVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

LARRA	Fray Bartolomé de Las Casas
LUDWIG LEWISOHN	El arte de traducir
JAMES T. FARRELL	Final de una década
VINCENT SHEEAN	Brumario en la Unión Soviética
MAX NOMAD	Polonia sin aureola
L. CARDOZA Y ARAGON	El ejemplo de León Felipe
LEON FELIPE	El Hacha (Elegía española)
HAROLD J. LASKY	Deber del intelectual, ahora
JOHN STEVENS	Prudencia paterna'
JOTABECHE	Un soldado de la guerra a muerte

Índice de autores de los números 1 a 9.

CHILE
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA
Precio: \$ 0.20

ALGUNOS JUICIOS SOBRE "BABEL"

Bajo la dirección de Enrique Espinoza, tan conocido del mundo literario por su actividad de escritor y de editor en Buenos Aires, se está publicando en Santiago la revista BABEL.

Es un cuaderno diminuto en su apariencia, pero incalculable por el contenido que ofrece a nuestro público. En sus páginas que aparecen mensualmente se reúnen alrededor de doce trabajos de las mejores firmas de todo el mundo, recolectados en publicaciones de reciente fecha. Surge así una actualidad profunda, meditada, calificada, que es acaso la única actualidad verdadera que existe.

R. Cabrera Méndez.—Las Últimas Noticias.

Esta revista, pequeña de formato, pero grande por su trascendencia, que dirige el culto escritor Enrique Espinoza, trae un material de primer orden que es al mismo tiempo que un variado repertorio de los más distintos temas, una síntesis completa del momento actual. En sus sumarios se alternan los autores nacionales y extranjeros, los vivos y los muertos; y la palabra de cada cual tiene relación con la vida del momento.

Lo que más llama la atención es que no se trata de una simple selección arbitraria, sino de una selección sistemática, derivada de todo un plan de difusión cultural que no puede menos que ser recibido con aplausos; y con el éxito que merece tan ruda e importante labor.

The Ripper.—La Hora.

El éxito inmediato de esta pequeña revista de revistas que edita Nascimento y dirige el escritor argentino Enrique Espinoza se debe al buen gusto con que están seleccionados sus artículos entre los mejores de la prensa mundial. Junto a los nombres más famosos de la literatura universal aparecen en cada número algunos trabajos de escritores criollos que no desmerecen ciertamente tal compañía.

La Nación.—Santiago.

Para seguir esa su buena obra, que le coloca junto a García Monge, entre los benefactores de la cultura americana, Enrique Espinoza hace revivir en Chile, donde hoy convive con los escritores chilenos, "Babel", revista mensual en la actualidad, biblioteca admirable hasta hace poco en Buenos Aires.

Nascimento ha acogido esta revista de revistas, que viene a mantener el calor y la elevación de espíritu de "Trapalanda". En sus páginas encontrará el lector todo lo bueno o lo mejor de cuanto se publica.

El Mercurio.—Santiago.

De Chile ha empezado a llegarnos la nueva revista de Enrique Espinoza: BABEL. Modesta en apariencia, su calidad la pone en seguida a salvo del anecdotismo y la insubstancialidad con que se rellenan las páginas de innumerables

BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 9 + ENERO 1940 + CHILE

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

(A propósito de una biografía)

POR MARIANO JOSÉ DE LARRA

1807-1837

Fray Bartolomé de las Casas, este hombre tan extraordinario, por las opiniones que osó, casi temerariamente, adoptar en unos tiempos en que creían sus compatriotas que el Hacedor supremo había hecho a la raza india para uso particular de la Europa, y que no dudó en ver hombres donde sólo veían siervos los demás; fué tan locamente encomiado por los extraños, como injustamente vilipendiado por los propios...

La vida de fray Bartolomé pertenece más bien a la humanidad entera que a la España sola. Las Casas no fué un hombre de un talento superior: fué sí un hombre extraordinario por su fanatismo filantrópico, digámoslo así. Este es el juicio que de la lectura de su vida resulta. Arrebatado en sus opiniones exclusivas, si bien justas, su exaltación inutilizó y malogró casi siempre la pureza de sus intenciones. No bastan

éstas, empero, para constituir grande al hombre: es preciso saberlas llevar a cabo y hacerlas triunfar. Dirásenos que la fortuna pudo influir en el mal éxito de los afanes de Las Casas: esta es una vulgaridad que nunca entenderemos: el hombre superior hace la fortuna: conocedor de las circunstancias que se oponen al logro de sus planes, las esquivó o las dirigió, y las domina. El que sucumbe a ellas es el hombre vulgar; por más que haya vencimientos más gloriosos que la misma victoria, nunca será grande el guerrero constantemente vencido. Todo mérito, pues, que a Las Casas podemos conceder es el de haberse adelantado a su siglo, en la manera de considerar a los Indios, el de un tesón a prueba de todo desaire, el de un celo ejemplar, y el de haber tenido alguna influencia, si bien indirectísima e imperceptible casi, en mejorar la existencia de algunas tribus americanas.

POR LUDWIG LEWISOHN

De Menorah

YA es tiempo de que el arte de traducir tenga un puesto propio entre las otras artes. Como el arte del actor o del músico, éste es un arte de interpretación, más difícil que cualquiera de estos dos, porque en la versión se debe interpretar el original en un medio que no ha concebido nunca el autor. Requiere, para que sea feliz, una exhaustante destreza imaginativa, pues el texto original debe ser comprendido por completo en todos sus matices; requiere un poder y una seguridad sobre la lengua del traductor tan grande como la del pianista sobre el piano o como la del actor sobre las inflexiones de su voz y la variedad de sus gestos. Su objeto, también, es idéntico al de estas dos artes hermanas de interpretación: darle una clara voz a la belleza, que de otro modo sería sorda y casi muda. Porque aun para los amateurs inteligentes del arte, un poema sutil e intrincado en una lengua extranjera es para ellos tan exánime como una página de Beethoven que no se ha escuchado nunca.

¿Cuál debe ser, pues, el objeto del traductor poético? Antes que todo, el producir un hermoso poema. Si no se realiza esto, se habrá logrado hacer una buena información para los estudiantes de lenguas, pero, en cuanto al arte, se habrá cometido una absoluta ineptitud. Si se lleva a cabo un hermoso poema, mucho puede ser perdonado, aunque un bello poema no es siempre una bella versión. Para llegar a eso se necesita que guarde ciertas relaciones con el origi-

nal. Para comenzar, debe ser fiel, no pedante, pero sí esencialmente fiel, no sólo conservando el contenido general del poema, sino los diversos matices de su interpretación. Debe haber el menor número de alteraciones terminantes, adiciones y omisiones posibles. Los valores de las dos lenguas deben ser, naturalmente, tomados en cuenta. Un idioma debe no sólo copiar el otro, sino interpretarlo. Es mejor, sin embargo, arriesgar una ligera obscuridad, que el tiempo y los nuevos panoramas artísticos podrán descubrir, que substituiría por una significación fácil.

La segunda relación que el poema traducido debe guardar con el original es la difícilísima cuestión de la forma. La naturaleza de la lengua modificará, naturalmente, el problema del traductor. Si se trata de lenguas que tienen un valor prosódico casi idéntico, dos lenguas germánicas cualesquiera, por ejemplo, el traductor debe conservar escrupulosamente la música y las cadencias exactas del original. Si se traduce de una lengua que tiene una prosodia completamente diferente, tal como el francés del inglés, deben de interpretarse las formas originales por otras análogas. En cuanto a la cadencia lírica, el objeto debe ser, naturalmente, el de conservar la misma música, transferir ésta y seguir sus modulaciones de línea a línea y de estrofa en estrofa.

Pero éstas son sólo las propiedades exteriores. Lo que caracteriza a un poeta, sobre todo, es la manera como em-

plea su instrumento léxico, su preciso y único método de dar forma al lenguaje—tanto al vocablo como al ritmo—para expresar su sentido de la vida. Y es aquí donde el traductor encuentra la parte más difícil de su trabajo, pues debe procurar, por imposible que pa-

rezca, amoldar su lenguaje a la forma en que lo hace el poeta traducido. El poema que se traduce debe quedar, en una palabra, tal como el poeta original lo hubiera escrito, si la lengua del traductor fuera la suya.

EL FINAL DE UNA DECADA

POR JAMES T. FARRELL

De American Mercury

CUANDO empezó la década de 1930 hubo un número creciente de escritores e intelectuales que creyeron necesario un cambio radical—sí, un cambio revolucionario—en nuestra sociedad, donde ya éste se abría camino. En los primeros años del decenio la crítica al statu quo fué agudizada. Empezó por reflejarse en una nueva novelística. De entonces data el excelente libro de John Chamberlain: *Farewell to Reform*; el título de la obra, lo mismo que la acogida que encontró, son síntomas de lo que se estilaba entonces. Ahora que la década ha terminado, muchos de aquellos escritores e intelectuales sienten la inminencia de una amarga reacción, el fascismo. Al comienzo del decenio, había algún motivo de fe y de confianza. Al final, sólo queda ansiedad, aprensión, y hasta signos de pánico. Durante la década de 1930 surge una nueva generación de radicales quizá más cansados que sus predecesores de 1917 y 1918. La Unión Soviética desempeña en estos últimos diez años un papel primordial en la experiencia de muchos de estos escritores e intelectuales. En 1930 los Soviets parecían indicar aún el camino de un nue-

vo orden social más justo; pero en 1939 la Revolución Rusa traicionada por su régimen de gobierno lleva a la Unión Soviética claramente a la contrarrevolución. Esta es la tragedia íntimamente ligada al ciclo de la esperanza y la desesperación por el que tantos pasaron en esta década.

Muchos de los escritores americanos más jóvenes que se unieron a la Izquierda a principios del decenio pusieron sus ojos en lo político sin ninguna preparación o con una muy insuficiente. Algunos eran del todo legos en la materia y continuaron siéndolo. En conjunto, no poseían conocimientos especiales ni de política ni de economía ni de historia. La primera etapa de su experiencia político-literaria consistía generalmente en la novedad. Aceptaban y daban forma a toda clase de opiniones extravagantes e irracionales. Con el desplante de la ignorancia, a menudo aventuraban artículos sobre temas que no conocían en lo más mínimo. Hacían suyas las consignas políticas y el programa del movimiento stalinista.

En otro tiempo el radicalismo había

hecho abrir los ojos a los hombres dirigiendo su atención a un campo intelectual más amplio; pero el movimiento radical al que se adhirieron tantos escritores e intelectuales de la década de 1930 se los cerraba. Casi nunca era el camino de la aventura intelectual y con frecuencia sí el medio del suicidio intelectual. Las causas fundamentales, políticas e históricas quedan fuera del plan de este artículo; pero no algunos de los hechos que sucedieron. Y menos, algunos de sus resultados.

Podemos ver estos resultados en los contrastes de ciertas carreras personales. Por ejemplo, en el campo de la crítica literaria, una excepción de lo que sucedió a muchos, es Edmund Wilson. A principios de la década, toma el camino espiritual e intelectual de los demás escritores hacia la Izquierda. Sin embargo, conserva su juicio, percepción e independencia. Cuando se plantean temas nuevos los investiga con toda seriedad. No acepta las consignas preparadas sólo porque tienen una hilacha radical. Y el resultado se ve en su labor. No importa lo que se piense de algunas de sus conclusiones. La crítica literaria de Edmund Wilson ha sido la más fina de esta década. Revela una mente en constante ascensión y que amplía sin cesar los límites de su curiosidad. Un ejemplo parecido en un crítico más joven es el caso de Philip Rahv.

Hay en esta década una aguda y reveladora diferencia entre Edmund Wilson y Malcolm Cowley, su sucesor en la dirección literaria de la revista *The New Republic*. Cowley también toma el camino de la Izquierda. Pero no obstante sus discursos sobre el valor del movimiento revolucionario para los es-

critores, su propia labor no acusa ningún provecho. Su crítica de este decenio adolece de falta de carácter, incapacidad analítica y estrechez de juicio: es de quita y pon, llena de lados personales y frecuentemente, una aplicación de la momentánea "línea del partido".

Un ejemplo más revelador aún es el de Granville Hicks. Antes de convertirse en crítico stalinista y entrar al Partido Comunista, Hicks era un crítico y asesor literario sin inspiración. Después de este paso aplicó la "línea del partido" a la literatura. Era uno de los críticos literarios más estridentes. Sus juicios fueron de hecho didácticos. Escribió numerosas insensateces sobre el carácter de clase de la literatura e incurrió una y otra vez en el servicio de avisos y advertencias a los escritores que naturalmente sólo aceptaban los más mediocres. Cuando la línea del partido fué cambiada en 1935 por la del Frente Popular el carácter de los juicios de Hicks empezó a cambiar también. Se puso a alabar a los escritores que poco antes había atacado brutalmente. En este nuevo período lo mismo que en el anterior continuó aplicando la línea. Pero ahora, en las postrimerías de la década, se retira del Partido Comunista. Su renuncia arroja sospechas sobre la dirección y lo que es más importante, asegura que no puede permanecer en el partido alimentando dudas. En otras palabras, no le es posible seguir en el partido y pensar por su cuenta. Esta confesión espontánea deja en el ridículo su labor literaria de esta década. Ella se comenta por sí misma y epiloga la mayor parte de la experiencia de muchos otros escritores izquierdistas de este decenio.

BRUMARIO

(*La Unión Soviética como Estado Fascista*)

POR VINCENT SHEEAN

De *The New Republic*

LA evolución política de la U.R.S.S. fué observada durante los últimos veinte años con ansiosa atención en todos los países donde la libertad de prensa, pensamiento y expresión es aún permitida. A causa de la magnitud del esfuerzo histórico allí realizado, ha surgido cierta predisposición favorable a la Unión Soviética, no obstante los serios desacuerdos de este esfuerzo con sus teorías fundamentales. Muchos políticos liberales y avanzados han creído que se debía prestar especial paciencia y comprensión a esta lucha por edificar una economía socialista o socializante en un país tan enorme, bárbaro y mal preparado para un experimento así.

A las masas europeas que vieron al capitalismo, la democracia, el cristianismo y el socialismo, incapaces por igual de resolver las contradicciones sociales y darles una libertad justa e igualitaria, las soluciones adoptadas por la Revolución Rusa y su régimen post-revolucionario, representaron sucesiva y a veces ilógicamente la única esperanza discernible. Digo sucesiva y a veces ilógicamente, porque de hecho las soluciones soviéticas se contradijeron y fracasaron objetivamente en el curso de estos veinte años, sin conmovier la fe de un gran número de obreros e intelectuales en la vitalidad y en la correcta dirección final del esfuerzo ruso. La fe a que me refiero ha sido lo bastante fuerte para soportar la visión del te-

rrorismo más espantoso y sanguinario de los tiempos modernos, porque y no más, el fin parecía bueno.

La autoridad ética del comunismo internacional entre los obreros e intelectuales de izquierda—no comunistas—se basaba en esta fe obstinada y no en las obras prácticas o en la superioridad intelectual de los comunistas. En realidad, es muy fácil demostrar que un desarrollo económico más alto fué logrado en América por medios completamente distintos. Esto es obvio. Y es también fácil deponer las actuales pretensiones comunistas de autoridad intelectual desde que el pensamiento y la expresión de los mismos están supeditados a un comando táctico y en ningún caso presentan un análisis libre. La autoridad moral del movimiento comunista internacional, entre los radicales y liberales ajenos a él, se basa, a mi parecer, en la consideración de sus fines, y existía por lo tanto—donde existía—en virtud de un voto de confianza, de un acto de fe.

De fe ¿en qué? ¿En qué fines? Desde luego, los fines no son susceptibles de pruebas presentes. ¿En qué entonces, excepto en los hombres que persiguen estos fines?—¿en su constancia, su justa apreciación de las fuerzas históricas, su capacidad y su honradez? En esto y en el sistema filosófico que decían profesar, aunque, como ya lo dije, muchos de los que honraron a la Unión Soviética, depositando su con-

fianza en ella, no aceptaban del todo su teoría fundamental. El esfuerzo ruso, sus fines y los hombres que perseguían esos fines, se beneficiaron en todo el mundo con una adhesión puramente emocional, y más que nada por el vacío doloroso y completo de los otros sistemas. Durante estos veinte años la Unión Soviética, haciendo de "patria del socialismo" atraíase una lealtad extraordinaria de parte de todos aquellos innumerables liberales y radicales que no eran comunistas, pero que aguardaban buenos resultados interiores y exteriores del esfuerzo soviético. Hasta cierto punto los hombres avanzados, obreros o intelectuales, tenían dos patrias, la propia y la Unión Soviética. El hecho de que la mayoría supiera muy poco acerca de la U.R.S.S. no disminuía su apego al ideal.

Entre tanto, la U.R.S.S. se fué desarrollando en un sentido que sólo es evidente después de un examen retrospectivo. Empezando por un jacobinismo igualitario como poder emotivo, el socialismo marxista como filosofía oficial, y la directiva de un grupo de intelectuales inexperimentados como ejecutores, la U.R.S.S. atravesó el período llamado "comunismo de guerra" (tentativa de lograr el socialismo por asalto) con Lenin y Trotsky, llegando hasta la Nueva Economía Política, una forma modificada del capitalismo bajo el control del estado, con más tendencia a éste que al socialismo. Las discusiones acerca de si la tendencia era hacia el "capitalismo de estado" o el "socialismo de estado", demostraron en aquel período el comienzo de la escólastica bolchevique que más tarde había de alcanzar un desarrollo fantástico.

Tras la caída de Trotsky en 1927, su programa de industrialización fué tomado por sus vencedores y promulgado en el primer Plan Quinquenal (1928-33), llevándose a cabo con un éxito resonante por medio del más tiránico de los controles sobre todos los trabajadores rusos. El segundo Plan Quinquenal prolonga aún más este proceso y salta de la industria pesada a los artículos de consumo, para los que una inmensa población—empobrecida por los años de guerra y de revolución—tuvo que ser reeducada en nombre de la "cultura" a fin de que pudiera aprovecharlos.

A partir de 1931 fué implantado un sistema de colectivización de la agricultura por medio de los sacrificios más horribles, pues se cree que murieron por inanición de seis a siete millones de campesinos sólo en Ucrania. Dicha industrialización y colectivización constituyen en la actualidad victorias del régimen soviético y en su solidez y permanencia ha de fundarse su derecho a una consideración histórica como avanzada del socialismo. Cuando desaparezca por completo la humareda—digamos, dentro de veinte, treinta o cuarenta años—quizá se la tenga por una obra sólida.

Pero en realidad, el curso de la evolución política fué el fenómeno central. Fuera de la Unión Soviética, nadie que reflexione puede creer que es necesario asesinar a millones de hombres para llevar a cabo un programa de industrialización. Tampoco habría sido necesario en la Unión Soviética con un desarrollo político diferente. Y menos se necesitaba matar a seis millones de campesinos de hambre para implantar la colectivización agraria. Estos monstruo-

sos sacrificios ocurrieron a causa de la premura, el despilfarro y la ineptitud de una burocracia aterrorizada que actuaba bajo un crudo control político, esto es, bajo las órdenes de un poder omnimodo e irresponsable, cada vez más concentrado en las manos de un solo hombre.

En el campo político el desarrollo de la tiranía de este hombre único supprime a través de fases sucesivas, entre 1927 y 1939, todo vestigio de democracia soviética, aun dentro del mismo Partido comunista ruso, vigoriza las nuevas clases sociales, expropiando a los obreros—aumentados en gran número por la industrialización—en beneficio del estado, la burocracia y el ejército, justamente los organismos que la Revolución Rusa pensaba abolir. Creo que todo principio vital del socialismo, desde Marx a Lenin, fué viciado, pervertido o ignorado. A este proceso entre 1927 y 1939, visto en perspectiva aplico la palabra Termidor que le corresponde según la terminología revolucionaria. El Termidor de Stalin—que abarca doce años—convirtiéndose al fin, en octubre de 1939, en su Brumario.

Todo pensamiento socialista desde Marx fué acorralado por el miedo al Termidor y al Brumario. El 9 Termidor, año segundo del calendario de la Revolución Francesa, fué la fecha (julio 27 de 1794) en que con el terror se detuvo también a la Revolución, abriendo camino en creciente progresión de moderantismo, a nuevos amos. El 18 Brumario, cinco años más tarde (noviembre 9 de 1799) se produjo el coup d'état de Napoleón Bonaparte, que puso término a la República Fran-

cesa, al convertirse el general victorioso en Primer Cónsul.

Un desarrollo semejante no dejó de ser tenido en cuenta por todos los teóricos socialistas, empezando por Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky, y hasta por el mismo Stalin. Lo que confunde a los observadores del Termidor stalinista, a través de su larga y cautelosa evolución, es por una parte el terror, que lejos de disminuir aumenta después de 1927, alcanzando su climax sangriento en 1938, y por otra, el hecho de que la política zigzagueante de Stalin, a derecha e izquierda, se oculta bajo expertas mistificaciones, cuyo significado sólo se pone en evidencia cuando sus consecuencias son irremediables.

Las analogías históricas tan caras a los teóricos bolcheviques, no encuentran ahora mucha aplicación fuera de ciertos círculos iletrados que aceptan la tutela comunista. Evidentemente, no hay un parecido esencial entre el tirano Stalin y el tirano Bonaparte y las circunstancias históricas del 18 Brumario tienen poco que ver con las de octubre de 1939. Lo que constituye un factor constante y puede aprovecharse es el significado de las palabras Termidor y Brumario en la ideología de la Revolución. Tomando a Termidor como el signo del flujo y reflujo de la marea revolucionaria, sin tener en cuenta el terror—puesto que es accidental y no inherente—y a Brumario como su liquidación en una tiranía personal, creo que se hace claro que el primer proceso se ha cumplido ya y que ahora empieza el segundo.

Al desechar todo precepto revolucio-

nario desde Robespierre, pasando por Marx, Engels, Lenin, Trotsky y el mismo Stalin de los primeros tiempos, este último se ha embarcado como dictador de un país sometido por el terror y la esclavitud en una expansión militarista, cuyas consecuencias nadie puede prever. Hay en esto, por tanto, un exagerado abuso dialéctico y constituye justamente la clase de política que Lenin reprobaba bajo el nombre de aventurismo. El fin que debía justificar los medios sólo ha mostrado en realidad lo feo de los medios, y en este tremendo recodo de la historia todos estamos obligados a mirar hacia atrás—desde que es imposible hacerlo hacia adelante— y medir. Los lectores de la Divina Comedia pueden recordar a este propósito lo que Virgilio le dice al poeta cuando éste se detiene en una cima:

*Volgi gli occhi in giue:
buon ti sarà per tranquilare la via,
veder lo letto delle piante tue.*

¿Cuáles son los resultados de estos doce años de Termitor en la Unión Soviética? La industrialización y la colectivización agraria se han logrado a costa de millones de vidas; los trabajadores han perdido todas las libertades que conquistaron y no pueden escoger hoy ni el lugar, ni el tiempo, ni la clase de trabajo; no pueden organizarse, hacer huelgas o protestar de algún modo; la cárcel y el látigo están en las fábricas y en las haciendas colectivas. Su compensación actual es de naturaleza enteramente fascista y consiste en los engaños psicológicos y sociales de

grandes reuniones en masa, chauvinismo, emulación en el sacrificio y autoalabanza. ¿Cuál es el resultado objetivo de un desarrollo tan cruel en el dominio socialista de la economía? Sencillamente éste: que la plusvalía, símbolo principal del sistema socialista de Marx, ha sido brutalmente elevada por medio de todas las engañosas capitalistas conocidas hasta ahora a costa de un proletariado inerte y en beneficio del ejército y de una casta burocrática, que forma una nueva clase apropiadora. El despilfarro humano y económico ha sido colosal, superior al de cualquier otra nación en veinte años de su historia. La esclavización de los obreros y campesinos, que no tienen ni siquiera el derecho de moverse de una parte a otra dentro de un mismo distrito, no halla paralelo. Es difícil imaginarse un retroceso mayor del esfuerzo marxista en la reconstrucción social. Esta esclavitud económica ha sido lograda por medio de una prolongada represión terrorista que, atacando primero al antiguo régimen, después a las fuerzas no comunistas de izquierda, en seguida a los obstruccionistas de la industria y la agricultura, y más tarde a todos los bolcheviques—no importa cual fuere su rango dentro de la jerarquía del partido—que se atrevieron a protestar, se convierte, por último, en una máquina que arrasa con cualquiera que desagrada al amo todopoderoso o aquéllos en quienes él confía momentáneamente la ejecución de sus órdenes. Este proceso como el de la economía social contrarrevolucionaria, ha sido llevado a cabo gradualmente, tan gradualmente que durante un largo período pudo parecer

mínimo, incidental o históricamente indispensable.

Examinando los doce años del Termitor de Stalin se llega a la conclusión de que su carácter esencial se reduce a la lucha de un hombre por conservar el poder absoluto. Al principio, lo hace por medio de intrigas dentro de la organización del partido, tratando de quitar influencia y desacreditar a sus adversarios; después, cuando la maquinaria del terror pasa del todo a sus manos, amplía la aplicación de la pena de muerte desde los doce años y por las faltas más leves. Así logra en la última fase—que empieza en 1936 y recién termina—barrer los últimos vestigios de independencia dentro del Partido comunista ruso, fusilando a todos aquéllos que muestran el menor signo de pensar y reemplazándolos por iletrados políticos y culturales que aceptan sin discutir cualquier dictado por absurdo que sea, del más poderoso de todos los zares.

Los directores de la Checa y de la G.P.U. que se sucedieron, asesinando a sus predecesores, crearon un sistema de espionaje y de castigo relámpago que despojó a la correspondencia, a la conversación y al cambio de ideas de su carácter personal, borrando las últimas trazas del pensamiento crítico, al enviar a millones de rusos por uno u otro camino al olvido. La oubliette es la imagen más exacta, en verdad, de la última fase del terror que sigue al acuerdo de Munich en septiembre de 1938, porque desde entonces las víctimas del terror no tuvieron ni siquiera procesos de farsa. Han desaparecido sencillamente de la faz de la tierra y

nadie se atreve a preguntar por qué y cómo. Entre éstos se encontraban los más inescrupulosos sirvientes de Stalin; y también algunos de los más sinceros y devotos revolucionarios.

En la esfera intelectual el Termitor de Stalin puso fin a toda actividad creadora, sin dejar de apropiarse de cualquier obra incidental conseguida por el talento y el esfuerzo privado. Así toda la historia ha sido falsificada; los primeros trabajos socialistas y comunistas colocados fuera de la ley; y una nueva versión del "Leninismo" fué preparada para ser difundida entre la masa ignorante; no sólo la enseñanza filosófica, sino también la científica fué puesta finalmente bajo el comando táctico; sin embargo, cualquier "cumbre" como los experimentos de Pavlov o los vuelos polares, fueron considerados merced a ese fantástico engrandecimiento obras soviéticas.

Ahora bien, la implantación gradual y progresiva del stalinismo y la suscita caracterización eventual de su régimen contrarrevolucionario y antisocialista, semejante al fascismo, no ha dejado de acompañarse de la inevitable deificación del dictador. Esto empezó en gran escala desde 1929. A partir de entonces millones de estatuas, retratos y efigies del dictador fueron repartidas por toda la Unión Soviética; su nombre, dado a gran número de ciudades y pueblos, fábricas y granjas; su existencia personal (cumpleaños, etc.) impuesto solemnemente al pueblo según el modelo zarista o fascista. Y su augusta persona rodeada de una adulación tan enfermiza como sólo podía aceptar un emperador romano. Lo que en resumen

viene a ser el desarrollo lógico (y quizá también tático en su origen) de la momificación de Lenin, quien desaprobaba violentamente todo este aparato en torno a los líderes y en especial a los de una revolución materialista. La Krupskaja, su viuda, hizo notar una vez, en 1927, que de vivir Lenin estaría en la cárcel. Vivo o muerto está de hecho en ella, en la cárcel del fascismo stalinista, la negación de cuanto anheló en vida.

POLONIA SIN AUREOLA

POR MAX NOMAD

De American Mercury

EL destino de Polonia contiene elementos de una ironía trágica. Fue necesaria la brutalidad de Hitler y la hipocresía de Stalin para que un régimen odiado por la mayoría de su propio pueblo adquiriera la aureola del heroísmo y del martirio. La historia registrará el hecho: la primera víctima de la guerra totalitaria, a que asistimos, era esencialmente totalitaria, con todos los defectos y ninguna de las virtudes que se atribuye a tal régimen.

Ciento cuarenta y cinco años atrás, el antiguo Reino de Polonia fué repartido entre Rusia, Prusia y Austria. Esta repartición se consideró tan definitiva como la aneación estadounidense de Texas. Aquellos que pensaban de modo distinto no fueron tomados en serio. Los polacos y sus amigos avanzados y románticos de otros países, que rehusaron aceptar el hecho consumado, no dejaron de ser considerados como meros lu-

Esta es la primera crítica que hago a la U.R.S.S., y también la primera vez que saco a Stalin a la discusión impresa. El actual desarrollo bonapartista que lleva a un reparto de Europa y quizá no sólo de Europa, entre el stalinismo y su consanguíneo germánico, ha hecho imposible de hoy en adelante la actitud de "esperar para ver". Hemos esperado y visto. El Termidor ha concluido. Ahora empieza el Brumario.

náticos de la política internacional. Sin embargo, la locura bélica del conflicto mundial convirtió en realidad el sueño de los patriotas polacos. Y hace veinte años Polonia resucitó gracias a la victoria de los poderes aliados, convirtiéndose casi en una gran potencia con algo más de treinta millones de súbditos. Para ser del todo exactos, se convirtió en el vasallo mayor de Francia en su sistema europeo de alianza con algunos países del centro y del sur. Esta situación no era completamente del gusto de los nuevos amos de Polonia; pues Francia estaba tan segura de su vasallaje que ni siquiera consultaba a Varsovia sobre la política general del continente. Cuando París firmó mutuos pactos de seguridad con Inglaterra, Alemania e Italia, no consideró necesario inmiscuir a Polonia en las deliberaciones y los gobernantes polacos se sintieron profundamente heridos. Suspiraban

por una oportunidad para llevar a cabo una política exterior propia.

El advenimiento de Hitler les dió esa oportunidad. El pacto de no agresión, firmado el 26 de enero de 1934, por diez años, entre Polonia y Alemania, fué un rudo golpe para Francia. Desde luego, los diplomáticos polacos no se cansaron de asegurar al mundo que la premura con que su país había llegado a un acuerdo con Alemania, no afectaba de ninguna manera su alianza con Francia. Pretendían creer que los pactos se firmaban para dar lugar a discursos amistosos y préstamos fraternales en tiempos de paz y no a una activa ayuda militar en tiempos de guerra.

En aquel entonces este pacto de no agresión era considerado generalmente como una pantalla para un pacto militar secreto con los nazis. Todavía antes de la Gran Guerra, los patriotas militares de Polonia soñaban algo más allá de la independencia del pueblo polaco. Recordaban su confuso pero glorioso pasado cuando su país era uno de los grandes imperios de Europa, que se extendía desde el Báltico hasta el Mar Negro, incluyendo a Lituania, parte de la actual Latvia, Ucrania y el noroeste de la Rusia Blanca. La abortada guerra de Polonia contra la Unión Soviética en 1920, intentó por cierto "recobrar" aquellas secciones del antiguo reino polaco. De haber salido victoriosa, esto le hubiera significado otros treinta o cuarenta millones de súbditos.

Quince años más tarde los románticos polacos revivieron esta visión imperial; esta vez con la ayuda de la Alemania nazificada. En 1936, el prominente publicista polaco, W. Studnicki, escribió un curioso libro titulado

"La situación política de Polonia y Europa". En él manifestaba abiertamente lo que bullía en las mentes polacas, invocando con brusquedad la hegemonía germano-polaca en el continente europeo, lo que acarrearía el desmembramiento de Rusia y de Checoslovaquia, así como otras revisiones profundas en la Europa central y oriental. Oficialmente estos sueños imperialistas con los ojos abiertos eran ignorados o desmentidos; sin embargo, Polonia escapaba con insistencia a todo pacto preciso que garantizara el statu quo de las fronteras orientales de Europa.

El quinto aniversario del pacto con Alemania fué celebrado a principios de 1939, en Polonia con una gran demostración de amistad hacia su vecino. ¿Qué mejor prueba de amistad, qué mejor presagio para los diurnos soñadores imperialistas de Polonia, que el generoso permiso de Hitler para que se apoderaran del rico distrito industrial checoslovaco de Teschen? Era un regalo por el estilo del que Stalin le hizo un año más tarde a Lituania, "devolviéndole" Vilna, sabedor seguro de que tanto el favor como la favorecida serían muy pronto absorbidas en un conjunto más amplio.

Los gobernantes de Polonia no eran tan ingenuos para depositar toda su confianza en la buena fe de su aliado germánico para las gloriosas conquistas del porvenir. Tenían una agitada conciencia de que podía ser engullida en este proceso por aquél y por Rusia, la presa que ellos anhelaban. Para defenderse de esta contingencia buscaron la formación de un bloque occidental con Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. Munich y el mordisco a Checoslova-

quia dió a los gobernantes de Varsovia la ilusión de su posibilidad. Esta no era tal vez una base muy firme contra una probable agresión alemana. Pero los gobernantes de Varsovia tenían otra—y ésta nos da la clave del carácter de su jefatura y de su inteligencia estratégica. "Nuestra protección está en el fango y los malos caminos; el ejército motorizado de Alemania no será capaz de atravesarlos". Estas palabras proféticamente irónicas, fueron escritas hace más de tres años por el notable literato Antoni Slonimski, un ardiente y romántico patriota polaco.

II

Aquellas fantásticas esperanzas por la hegemonía polaca en Europa formaban grotesco contraste con la política, la economía y la situación cultural del país. A diferencia de la mayoría de los regímenes europeos, el gobierno de Polonia carecía de apoyo popular. El país fué restablecido no como resultado de un levantamiento nacional, sino por la derrota de Rusia y Alemania en la Gran Guerra. La única fuerza polaca organizada en aquel momento histórico era un grupo comparativamente pequeño de nobles aventureros—intelectuales patriotas, refugiados políticos de la Rusia polaca y déclassés de todos los sectores de la población, que habían constituido una Legión polaca especial para ayudar al ejército austríaco en el frente ruso. Estaban unidos por su común admiración a Pilsudski, uno de aquellos héroes que ya no son un enigma, pues empiezan su carrera jugándose la vida en favor de la democracia, y luego se encaraman sobre la vida y la libertad de los de-

más en nombre de la dictadura y del imperialismo. El otro lazo—quizá inconsciente en aquel tiempo—que unía a este grupo, era la firme determinación de sacar para sí todas las ventajas que recaen sobre una élite revolucionaria que toma posesión de un país.

Su experiencia fué, sin embargo, menos grande que su ambición. No bien se trató de gobernar por métodos democráticos, los legionarios fueron derribados por una alianza de varios partidos. Pudieron haberse asegurado un amplio apoyo popular, dividiendo las inmensas propiedades de la antigua nobleza y distribuyéndolas entre los campesinos; pero antes estaban ansiosos de limpiar el estigma de su pasado radical y dar muestra de respetabilidad ante el mundo occidental. El poder escapó de sus manos; no lo recobraron hasta 1926 por medio de un levantamiento militar organizado por el mariscal Pilsudski. Desde entonces hasta el reciente desmembramiento del país, el régimen polaco era una dictadura militar semifascista. Se permitía la existencia de partidos políticos; la prensa era censurada, pero no metódicamente y durante cerca de diez años el Parlamento funcionó con una mayoría opositora; pero que siempre votaba los presupuestos. Como último recurso, cuando fracasaban los medios de persuasión, Pilsudski rodeaba la legislatura con numerosos oficiales del ejército. Esta indirecta era instantáneamente captada por los representantes progresistas y conservadores.

Después de la muerte de Pilsudski, en 1935, toda la autoridad pasa a las manos de los que rodeaban al dictador—un grupo de ex oficiales convertidos en políticos a quienes se conocía general-

mente por "los coroneles". Totalitarios de corazón y despreciando la voluntad popular, el suyo era un fascismo "sui generis"—que al decir de un diario alemán de la emigración "constituía un fascismo sin su esplendor espúreo, inconsistente; un fascismo sin la maquinaria centralizadora de un partido político, sin ideología y sin jefe". Era también un fascismo sin una verdadera preparación militar para la defensa del país, porque todos sus planes giraban en torno de la conquista de territorios no polacos en el Este, más bien que de la protección de los territorios genuinamente polacos del Oeste.

Privados del apoyo moral de Pilsudski, que después de todo era una personalidad imponente y respetada, los coroneles esperaban acrecentar su autoridad, dando un gran paso hacia la consumación del fascismo, que se manifestó en una nueva "Constitución" amañada poco después de la muerte de Pilsudski. Este documento tenía un sistema de elegir candidatos que era una burla de la idea misma del sufragio. Por tanto, fué boicoteado por las tres cuartas partes del electorado, desde la extrema derecha a la extrema izquierda. Sin embargo, los coroneles obtuvieron en esa forma un cuerpo legislativo completamente adicto.

Esta unanimidad sólo engañó en el exterior. Las masas polacas vieron en su régimen el gobierno arbitrario de una horda burocrática sin principios, que sólo podía invocar en favor de su posición privilegiada, el haber atado durante la guerra y poco después su carro a la estrella de Pilsudski.

Muchos de estos patriotas habían profesado en otro tiempo ideas humanitarias acerca de los derechos de las mi-

norías nacionales. Pero una vez en el poder, trataron a los ucranianos, rusos blancos y alemanes como a parias, no obstante constituir un tercio de la población total. Antes de llegar al poder, eran contrarios al antisemitismo y combatían entre sus filas a muchos patriotas polacos de origen judío; sin embargo, ahora temían protegerlos contra los excesos de los fascistas polacos que arrojaban a los judíos de las escuelas y de sus profesiones. Aprovechando esta circunstancia los coroneles alimentaron abiertamente los prejuicios de un gran sector de la población—si bien ellos preferían la salida de los judíos al exterminio que proponían los fascistas polacos no inhibidos. En otro tiempo pasaron por ser los defensores de los desheredados, de los obreros y los campesinos; ahora no hacían nada por aliviar su miseria. El presupuesto nacional estaba dedicado en su mayor parte a la manutención del ejército y de una enorme burocracia.

Los discursos de los coroneles gobernantes rebosaban siempre de patriotismo y acentuaban invariablemente la necesidad de la defensa nacional. Pero su estado mayor lo formaban generalmente estrategas amateurs que no tenían experiencia militar. Todos habían sido meros imgartenientes de Pilsudski en aquella legión que en el fondo no había sido otra cosa que un destacamento de guerrilleros. Los oficiales de mayor jerarquía, con alguna experiencia adquirida en los ejércitos de la antigua Rusia, Alemania y Austria eran alejados deliberadamente de todos los comandos; no habían pertenecido a la tropa original de nobles aventureros bajo la dirección de Pilsudski y, por tan-

to, eran capaces de poner en peligro el gobierno sin freno de los coroneles. El mismo mariscal Smigly-Rydz era más bien un amateur que un profesional, habiendo sido pintor antes de sumarse a la heroica legión de Pilsudski.

III

Los coroneles alegaban que habían librado su país del gobierno opresor de los burócratas rusos, prusianos y austriacos. Pero la nueva máquina administrativa organizada bajo la tutela de los seguidores de Pilsudski juntaba a la arrogancia de los prusianos, la venalidad de los rusos y la ineptitud de los austriacos. No es de extrañarse, pues, que bajo tal gobierno la situación económica del pueblo, especialmente del pueblo rural, fuera cada vez más desastrosa.

Según informes publicados en diarios de Varsovia y no suprimidos por la censura, los campesinos de las provincias del Este "no usaban sal ni petróleo para no hablar del azúcar. Los clavos de hierro fueron substituidos por pernos de madera. Cuando se gastaba el hacha de acero debían recurrir a la piedra como sus remotos antepasados". Y como la necesidad es madre de la invención, estos campesinos crearon una ingeniosa máquina para convertir un íngfoso en cuatro.

De acuerdo con el ya citado Slonimski, Polonia era durante los últimos años del régimen de los coroneles:

"uno de los países más pobres del mundo. Si se contara en Polonia el número de los que llevan una vida normal, apenas alcanzarían a formar una ciudad europea mediana. En Polonia no existen más que unos pocos cientos

de miles de personas que conocen el ferrocarril, leen diarios y libros y frecuentan los teatros. Polonia con una población de más de treinta millones, consume menos azúcar, manteca, tabaco, frutas que Dinamarca con sólo tres millones de habitantes. El "gran poder" se reduce a un pequeño islote burocrático-militar rodeado de un inmenso mar de miseria y desamparo."

Sin embargo, a pesar de todo esto sólo por maledicencia puede afirmarse que los coroneles son los únicos responsables del actual eclipse de Polonia. Checoslovaquia no tenía una oligarquía de coroneles políticos perpetuándose por su propia voluntad en el poder, ni un estado mayor formado por generales amateurs, ni una nobleza terrateniente y parasitaria que dejara a la mayoría de la población rural en la miseria. No perseguía a las minorías étnicas si bien no les daba un tratamiento igualitario como sería ideal. Estaba libre de la escoria del antisemitismo, y ni el fascismo ni el fanatismo religioso desempeñaban un papel en la vida política del país; tenía las defensas naturales que casi faltaban del todo a Polonia, su industrialización era una de las más altas y sus habitantes, prósperos y educados, no tenía punto de comparación con la masa polaca. Verdad que su número apenas alcanzaba a la mitad de la población de Polonia; pero el ejército checo estaba modernamente equipado, mientras que el polaco estaba compuesto casi exclusivamente por la caballería, que sólo podía prestar buenos servicios contra los campesinos rebeldes. Con todo, Checoslovaquia sufrió el mismo destino de Polonia.

La ruina de Polonia fué decidida cuando Alemania y Rusia resolvieron

repetir la hazaña de ciento cincuenta años atrás, cuando Hitler, gracias a la política de Stalin, pudo convertirse en el amo de Alemania y llevar a cabo su programa de expansión. Su primer anuncio data de principios de 1933, cuando Francia rechazó el pedido de Pilsudski para una acción preventiva contra la Alemania nazi. Inglaterra empezó entonces a hacer su juego para mantener la balanza del poder, apoyando a Alemania contra Francia y Rusia.

La ineptitud de los coroneles polacos semifascistas no hizo más que apresurar el proceso. Por grande que sea la culpabilidad sanguinaria de los nazis y de los invasores comunistas en un país casi inerme, la rapidez con que sólo unos meses antes los coroneles sal-

taron al cuello de la moribunda Checoslovaquia para obtener su presa en el festín de los chacales, hace difícil compadecerse de su destino. La simpatía del mundo se dirige en cambio hacia las masas olvidadas de aquella tierra infeliz para las que la presente invasión no es más que un nuevo grillete en la larga cadena de incursiones predatorias de las hordas conquistadoras, ansiosas de esclavizar a su población. Para la gran mayoría se trata de la esclavitud pura y simple, ora tengan que trabajar en las fábricas y caminos para contribuir a la realización de los sueños de poderío de Hitler, ora sean "liberados" por Stalin, que muy pronto les demostrará quien es el verdadero amo de la tierra quitada a la nobleza polaca.

EL EJEMPLO DE LEON FELIPE

POR LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

De El Nacional

VIVIR. Saber vivir. Merecer la vida. Qué noble y alto ejemplo el de León Felipe. Todo un hombre. Un poeta. Ni sometimiento a un conformismo socialista o revolucionario, ni sometimiento a un vano orgullo del arte. Más allá de esta teoría, de esta verdad de hoy: en el presentimiento de una verdad que no pasa, más radicalmente humana, más elevada y distante.

El problema de la poesía no es hacia los lados. No es hacia la izquierda o hacia la derecha, nos decía alguna vez, conversando con aquella manera de conversar tan suya. en que los silen-

cios forman parte vital de su pasión. El problema de la poesía es hacia arriba. Es hacia lo alto.

¿No se habría dicho de él que es un místico, un lírico? ¿O cualquier otra cosilla, por ejemplo, "artepurista", para intentar herir su talón invulnerable? ¡Claro que sí! León Felipe es un místico, un poeta lírico, en verdad. Y, por lo mismo, con un hondo fervor arraigado que le hace vivir. Y vive por ese fervor, y vive para ese fervor.

El temblor de hombres, de pueblos y de estrellas, el hambre de verdad, el anhelo de un mundo nuevo porque es-

te en que vivimos se va desorganizando por su propia podredumbre, lo ha recogido en su poesía, en su vida, no en lo pintoresco y accidental, no en lo externo y en la torpeza de una fraseología ridícula, sino en lo profundo, en lo humano, en lo místico y trascendental de este impulso hacia la verdad y su conocimiento absoluto.

Lo que hemos deseado para el medio artístico de México, para el medio revolucionario, León Felipe nos lo muestra repentinamente, con poética objetividad, con presencia tangible, con hechos, con palabras que son hechos, y no simples sentimentalismos. Frutos lógicos, lógicos y líricos, de su experiencia y de su concepto del hombre y de la poesía. ¡Cómo se ha aclarado para mí lo que mi torpeza no acertaba a precisar! El ejemplo de León Felipe nos hizo diáfano el sentido problema central del hombre, sentido más que comprendido. Su lección, su ejemplo, su vida vivida como un poema, el poema que es su vida, está en "Drop a Star" como en su "Good Bye, Panamá" y en el fusil que apretó su mano.

León Felipe es poeta, gran poeta, desde antes de nacer, en los designios secretos que gobiernan su tránsito. Y está con el pueblo de España sencillamente porque es poeta. Y está en la revolución y con la revolución, como lo que es: como poeta, como cima de humanidad. La poesía tiende hacia esa verdad siempre probable, hacia la realización íntegra, total del hombre. En ello encontramos la verdad de la inmortal poesía mística de España, única en el mundo, única en la historia de la poesía. La nueva poesía revolucionaria tiene y tendrá no sólo pareci-

do con aquella del Siglo de Oro, sino que será de la misma familia del mismo linaje de la misma elevación y nobleza. Y cuando digo tiene—en presente—es porque ya la siento y la presiento así, aunque no pueda leerla en ninguna parte...

Lo accidental de la poesía mística española, lo accidental de la poesía mística de hoy, de la poesía revolucionaria de ayer, de hoy y de mañana, es apenas el vehículo hacia la verdad que se adivina, siempre probable, pero cada vez menos remota. La fuerza de la nueva vida posee también su mística: ¿no reside en ella su infalible eficacia? No sería fuerte sin esa pasión razonada, sin su verdad revelada por la razón del hombre. Los mesías ya no escuchan las palabras de los dioses y la religión, es, positivamente, el opio del pueblo. Precisamente el profundo idealismo nace de la entraña de esta clara, justa, necesaria violencia, como el ateísmo es engendrado por la religión. Pero, como diría León Felipe:

Es la nueva canción
y la vieja canción
¡nuestra pobre canción!

¿Será necesario reivindicar la poesía? El simple hecho de plantear la pregunta denota desconocimiento de su naturaleza. León Felipe la ha reivindicado, aunque no era para nada necesario. Nunca será necesario, oídme bien. Nunca, nunca. Siempre es, ha sido y será, en sí misma, en su esencia, una reivindicación.

No; tampoco hay que defenderla, aunque viva en estos momentos como confundida y despreciada. Es tan sólo

una apariencia. Vivimos en plena transformación trascendental; vivimos la gestación de una verdad ya muy próxima; empieza a irrumpir el alba en el fondo de nosotros con luz que se hace de amor a la verdad y de amor al amor.

Creo que pocas veces las cosas, el mundo, el hombre todo, se han ofrecido de manera tan clara, tan bien delineada en sus contornos morales. La poesía, cima de la verdad, vive una de sus grandes épocas. El momento nuestro es tan alto que aun no ha podido empezar a cuajarse en ella. No la ha sobrepasado. Poesía es lo que vivimos. Vivir. Saber vivir. Merecer la vida.

Qué situación clara, qué pura pasión de hombre. Los mercaderes, los falsos, los filisteos, los falsificadores de

actitudes y poesía, los fósiles, los eunucos morales, las piedras y los muros, los demagogos, los que no quieren oír, han escuchado su voz transparente y han sentido sobre el rostro algunas salpicaduras de la sangre preciosa de Federico García Lorca. León Felipe no ha escrito nunca una línea para ser diputado, para ser diplomático, para ganar dinero. Ha necesitado ganar dinero para decir y organizar su verdad. Nunca ha hecho política con el arte; siempre ha hecho arte con la política, con las esperanzas y los sufrimientos...

Han oído su voz, en México, hasta aquellos que no quieren oír. Su voz deslumbra el fondo de los ojos ciegos y el fondo de las conciencias más oscuras y dormidas.

EL HACHA

Elegía española

(Fragmentos)

POR LEÓN FELIPE

De Letras de México

Español,
más pudo tu envidia
que tu honor,
y más cuidaste el hacha
que la espada.

Tuya es el hacha, tuya.
Más tuya que tu sombra.
Contigo la llevaste a la Conquista
y contigo ha vivido
en todos los exilios.
Yo la he visto en América
—en México y en Lima—
Se la diste a tu esposa

y a tu esclava...
y es la eterna maldición de tu simiente.

Tuya es el hacha, el hacha:
la que partió el Imperio
y la nación,
la que partió los reinos,
la que parte la ciudad
y el municipio,
la que parte la grey
y la familia,
la que asesina al padre
—Alvargonzález,
Alvargonzález, habla—

España es el hacha.
 Y el hacha es la que gana.
 Esta vez pierden todos, caballero.
 (—Me esconderé en el portalón
 detrás de la columna
 y apostaré después
 cuando la bola haya salido).
 Esta vez pierden todos, caballero:
 el que se esconde
 y el que huye;
 los jugadores de ventaja,
 el tramposo,
 el garitero
 y el matón...
 Y el hacha es la que gana.
 Cobraremos todos en arena,
 todos, hasta los muertos,
 que esperan bajo la tierra
 la gloria y el rosal.
 Esta vez pierdan todos.

Obispos buhoneros,
 volved las baratijas a su sitio:
 los ídolos al polvo
 y la esperanza al mar.

Hemos bajado el último escalón...
 el que acaba en la cripta.
 Mirad ahora hacia arriba
 por el pozo viscoso de la Historia.
 Allá,
 en el disco apagado de la noche,
 ni una voz
 ni una estrella.
 Nadie nos llama
 ni nos guía,
 y mientras nuestra sangre se desborda
 el mundo juega al bridge
 y el Gran Juez a los dados.
 Fuimos un espectáculo anteayer,
 pero hoy ya el circo está vacío.

EL DEBER DEL INTELLECTUAL AHORA

POR HAROLD J. LASKY

De Harpers

LAMO "intelectual" al hombre dedicado a la especulación sobre los problemas esenciales de su época. Puede ser artista o filósofo, médico o matemático, banquero o líder proletario; en la medida que trate de hacer de su especialidad un puente de lo particular a lo universal, es, a mi juicio, un intelectual. Me fundo en que su oficio consiste en contribuir a la comprensión del mundo en que vivimos, en ayudar a los hombres y mujeres de su tiempo al mejor control de este mundo, y—por tanto—al sentimiento de un domi-

nio más completo de sus vidas, implícito en ese mejor control. Además, me fundo en que el intelectual que toma en serio su oficio, no puede escapar a dos obligaciones primordiales. Debe tener una imagen ideal del mundo en su cabeza para actuar en el sentido de lo que considera su responsabilidad precisa y personal; y debe reconocer que el medio en que su función se ejerce adecuadamente depende de la asistencia que preste a la lucha por la libertad mental y moral. Porque sin la victoria en esta lucha—victoria que cada

generación debe conquistar—los hombres no pueden dar cuenta de su experiencia y, por tanto, sus males continúan sin remedio. Siempre que éste sea el caso, son esclavos del poder irracional. Y así cada vez que el intelectual escapa a su segunda obligación, se vuelve, consciente o inconscientemente, instrumento del poder irracional. Desde entonces no es ya un hombre libre; y un intelectual que no es un hombre libre, no es en ningún sentido un intelectual.

Estas son, sin duda, tesis generales con grandes implicaciones que no es fácil aceptar. Niegan toda diferencia entre la teoría y la práctica. Insisten en que el ideal de la "torre de marfil" es un error ético. Sostienen que todo intelectual, digno de este nombre, debe ver los horizontes ilimitados de su especialidad como parte fundamental de su derecho a ejercerla. Afirman que la vida es una batalla continua en la que el intelectual debe tomar posición. Instan a éste a comprender que la vida de pura contemplación en donde se divorcia conscientemente el proceso mental de la obligación de actuar sobre sus consecuencias, no sólo es lamentable, sino una traición al propósito mismo de la contemplación. Porque se contempla para comprender; y el fin de la comprensión no se cumple cuando se deja de traducir sus consecuencias en términos de vida práctica.

Existe otra implicación de este punto de vista que deseo señalar. Y es el que niega al intelectual el derecho a la imparcialidad ante los problemas de su tiempo. La imparcialidad es en todo caso un ideal imposible. La experiencia, querámoslo o no, nos lleva a esti-

mar unos valores sobre otros. Cualquier pensamiento está necesariamente regido en el intelectual por la elección de valores a que se ve obligado. No existe lo que se llama investigación de la verdad "pura" o "abstracta". No existe tampoco el estar "por encima de la pelea". La vida exige de nosotros acción; el pensamiento no tiene significado, sino como preludeo de la acción. Todos tratamos de conducirnos de un modo más que de otro. Podemos ser más o menos tolerantes de las conductas que desaprobamos. Imposible ser imparciales. Ser imparcial equivale a negar la validez de la experiencia. Es no admitir el hecho de que la función de todo conocimiento es llevar al hombre a convivir más felizmente que en el pasado. La imparcialidad ante este problema sería en cualquiera de nosotros, como dijo Aristóteles, el signo de una bestia o de un dios. Por cierto, en ningún caso el de un hombre.

En verdad, no hay ningún objeto serio de contemplación decisiva que no establezca diferencias en nuestra conducta. No es lo mismo si somos libre-cambistas o proteccionistas; nominalistas o realistas; si creemos o no en la revelación de las Escrituras; si pensamos que el arte ocupa un lugar fundamental en la vida o lo tenemos por un mero entretenimiento agradable para las horas de ocio. Abogados o médicos, ingenieros o políticos, nuestro pensamiento es siempre en última instancia un esfuerzo para modelar el universo en el sentido que consideramos mejor.

No hay duda que corremos un riesgo con la elección; pero no hay otra alternativa. Porque aun abstenerse significa elegir; así, por ejemplo, cuando

el gobierno británico declaró la no intervención en España, en 1936, determinó en forma amplia el triunfo final de Franco.

De donde se sigue que el deber del intelectual es tener en cuenta la textura social a que no puede escapar su esfuerzo. Ningún hombre que haya influido seriamente el pensamiento de la humanidad ha sido otra cosa que un soldado en la constante lucha entre las fuerzas de renovación y las de resistencia. Copérnico no sólo efectuó una revolución en nuestro concepto del universo, contribuyó inmensamente a una revolución en las relaciones sociales de los hombres. Descartes no sólo simboliza una nueva metafísica; fué un líder del movimiento que en el siglo XVII alteró, aunque no del todo conscientemente, el poder arbitrario de los reyes y de la Iglesia en la dominación de los hombres. Hobbes y Locke en una época, Voltaire y Adam Smith en otra, sabían que estaban librando grandes batallas de inmensas consecuencias sociales. Pero Newton y Halley en un período, y Euler y Laplace en otro, no fueron protagonistas menos genuinos, si bien en forma indirecta, de la misma causa. El mundo aun mirado desde un ángulo es siempre cósmico. Y no podemos interpretarlo a menos que sepamos que es a un tiempo uno y múltiple. No solamente los poetas, como dijo Shelley, sino todos los intelectuales, por ser justamente los heraldos que convocan a la lid, son inevitablemente los legisladores del mundo.

*

Nuestra época asiste al fin de una ci-

vilización y al nacimiento de otra. Por sus caracteres esenciales no se parece a ninguna tanto como a la de la Reforma. Una nueva moral enfrenta a la antigua; una nueva economía trata de desalojar a su predecesora de su alto sitio; una nueva lucha de clases contra los viejos privilegios para hacerse un lugar al sol; el estado-nación resiste duramente la formación de un orden social unificado e interdependiente que está implícito en la ciencia y la técnica modernas. Todos los valores vetustos han ido a parar al crisol; sin embargo, ninguno de nosotros está seguro de lo que salga. Y porque estamos en un período de transición definitiva, sentimos, como en la época de la Reforma, todos aquellos disconformismos mentales que son inherentes a la falta de tierra firme. Tenemos miedo de volvernos atrás en busca de inspiración; y perseguimos porque tenemos miedo. Como sucede siempre en los períodos de crisis final, la razón no deja de exigirnos sin cesar que pisemos tierra firme. Pero no sabemos satisfacerla. Y he ahí la raza; he ahí el alma nacional; he ahí también el apasionado resurgir de la tradición estatal imperialista. Tratamos de imprimir las formas de una unidad vieja y gastada a un cuerpo que ya no las soporta. Y donde los hombres proclaman que la tal unidad no es ya válida ahogamos su voz, negando por peligrosa la experiencia cuyo resultado presenta. Así los católicos masacraron a los protestantes y los protestantes a los católicos hace cuatrocientos años. Así triunfaron Lutero y Calvino y la Inquisición, pero no Erasmo, Servet y Giordano Bruno. No hay nada nuevo en los destierros y en los campos de con-

centración, salvo la intensidad de su poder para infligir dolores innecesarios.

La batalla en que estamos envueltos no es nueva en su esencia; lo que en ella hay de nuevo es más bien el poder terrible de las armas a disposición de los combatientes. Pero es la vieja batalla del privilegio contra la pobreza, la vieja desproporción tan notable entre la Reforma y la Revolución Francesa, entre las fuerzas de producción y sus relaciones consiguientes. En tales períodos Hitler y Mussolini no son fenómenos novedosos, apenas son los viejos condottieri adaptados a nuestro tiempo; hasta los métodos son los mismos, como que están descritos en un libro tan antiguo como la Política, de Aristóteles. Lo que Mussolini pensó de la independencia de Abisinia, Hitler de la libertad de Checoeslovaquia es tan viejo como lo que los atenienses dijeron a los embajadores melianos hace veinticinco siglos. La nación o secta que hay que considerar como criminal; la claque pagada de admiradores entusiastas; la "quinta columna" esperando ansiosamente consumir la traición en la ciudad sitiada; la insistencia en considerar pecado cualquier opinión que difiera de la del tirano; la identificación de su viña de Naboth con el honor y prestigio de su pueblo; la reducción del alcance de la ley a la voluntad del hombre que hoy maneja la ametralladora como ayer el látigo; la maciza invención de mitologías para estimular a los súbditos; el recurso de la amenaza y el terror en las relaciones diplomáticas; la supresión de los opositores que se atreven a hablar y la denigración de los hombres de pensamiento que pare-

cen sospechosos al tirano; la desmoralización del poder de modo que su logro se convierta en un fin en sí; todo esto, tan generalizado en nuestro tiempo, constituye un símbolo característico de la clase de crisis que atravesamos.

*

Hay que admitirlo, es muy difícil ser un intelectual en tiempo de crisis. Se trata de una época de miedo, y en una época de miedo aquellos que detentan el poder, no resisten la discusión de ideas nuevas, porque amenazan destruirse. Conocen mejor que nadie el peligro de un examen de las bases del estado. Y recurren a los expedientes de la tiranía, porque tienen muy poca fe en la justicia de su causa. Las mismas leyes de convivencia social que declararon sagradas, las revocarán si ven un impedimento en ellas. Cuando la observación de las reglas del juego les impide ganar, no vacilan en modificarlas bruscamente. Su primera consideración es siempre su seguridad; sólo cuando creen hallarse fuera de peligro, se disponen a hacer algunas concesiones a la libertad. Pueden rendir una fortaleza secundaria aquí o allá; pero defenderán a muerte la ciudadela interna de su poderío.

Han comprendido que el secreto interno de ese poderío es el dominio de la mente multitudinaria. De ahí que en escuelas, iglesias, colegios, hayan impuesto hasta el límite de sus fuerzas una disciplina mental que promueva la fe más amplia en el derecho de su propiedad. La historia que enseñan es su historia; la economía es la justificación de sus exigencias, que parten del

supuesto de que la propiedad es sagrada; la moral que enseñan es también su moral. Hasta la fe cristiana, que tiene su origen en el evangelio de un núcleo de pobres pescadores de las costas de Galilea, ha sido transformada en un credo que auna el éxito con el derecho. Dominan en gran parte la vida de los maestros de modo que la seguridad de la pertenencia llega a ser una función de "sanidad" de ideas. Dominan también en gran parte por la prensa y el aire los medios de comunicación intelectual. La ley que decretan es su ley; porque compran las legislaturas y el cuerpo principal de la Justicia lo constituyen con abogados de éxito y es sabido que los "abogados de éxito" son aquéllos que tienen una gran práctica al servicio de los intereses privilegiados.

Así, pues, el intelectual que quiera cumplir con su deber, debe saber des-

de un principio que su carrera le exigirá más valor que ninguna otra. A cada vuelta del camino será probado. En cada vuelta la tentación de abandonar su color será inmensa. Se le ofrecerá alivio, descanso, reputación de cordura, la certidumbre del aplauso. Por otra parte, el cumplimiento de su vocación en toda su perspectiva, le ofrecerá muy poco fuera de los riesgos y el derecho al respeto propio. Su camino puede ser el del destierro, la prisión o la muerte. El sacrificio de sí mismo se le impondrá como requisito indispensable para su propia expresión. No encontrará seguridad si no allí donde el miedo deje por un corto tiempo de perseguir a los excluidos de la sociedad. A cambio de nada tendrá que dar todo. Y si lo hace sin apartarse del camino de su realización, adquirirá también el derecho del aniquilamiento.

PRUDENCIA PATERNA

POR JOHN STEVENS

De New Republic

ANASTASIA Petrovna se sentía defraudada. Por tercera vez acababa de morirle al nacer su séptimo hijo varón. El viejo ya no daba más. Y ella veía escurrirse de sus manos los dos mil rublos con que el gobierno premiaba al séptimo hijo. Por un tiempo recurrió a los rezos que le había enseñado su madre. Pero después de tantos años no tenía ya práctica. El viejo no mejoraba; seguía trabajando en la mina, emborrachándose el día libre y otros dos a cada pago. Hasta le dió por asis-

tir en las tardes a una serie de mitins donde fué elegido miembro del soviet de la ciudad de Alchevskoye y una vez fué delegado a Jarkov. Pero no hacía más hijos. Anastasia dejó, pues, de rezar y lo maldecía en ucraniano; pero tampoco le dió resultado. —Hay que hacer algo, pensaba Anastasia. De lo contrario, será tarde. No sabía exactamente su propia edad; pero debía andar ya cerca de los cincuenta. Una sola solución se le hizo evidente. Y en sus ratos de ocio miraba hacia las ba-

rracas donde estaban los reclutas bajo sus ojos. Le llamó la atención el compañero Alejandro que se encontraba a la entrada, como conserje del Club. Le parecía joven aun y capaz de no hacer asco a uno o dos rublos bien ganados.

El compañero Alejandro sólo se encogió de hombros.

—¿Por qué no?—dijo.—Mil rublos para usted y mil para mí.

Esto era algo que Anastasia no esperaba porque usó de todos sus poderes de persuasión para sacarlo de esa tesitura. Al cabo de una larga discusión con referencias a las dificultades del parto, el compañero Alejandro cedió.

—Muy bien. Quinientos rublos para mí y mil quinientos para usted.

Aceptó.

La criatura vino a su tiempo y tras de las inevitables dilaciones oficiales, Anastasia recibió los dos mil rublos con los plácemes del Consejo obrero de Alchevskoye.

—¿Qué hay de mi dinero?—preguntó el compañero Alejandro al día siguiente en el corredor de la barraca.

—¿Yaki dingi? ¿Qué dinero?—se encogió Anastasia de hombros, frunciendo el entrecejo.

Pero el compañero Alejandro estaba furioso. Había hecho el trabajo y era de primera clase. Sin embargo, ahora se le rehusaba el pago.

Después de varios intentos fallidos para obtener su dinero, el camarada llevó el asunto a la Corte popular de Alchevskoye, entablando pleito a Anastasia.

A su turno ambos fueron citados oficialmente por la Corte y comparecieron juntos seguidos de tantos de la po-

blación local como podían caber en el destaralado edificio de madera. Algunos vinieron hasta de Vorochilovgrado.

El compañero Alejandro defendió su causa en tono estentóreo y sin ahorrar detalle alguno.

Sin embargo, cuando el Juez llamó a Anastasia ésta en vez de defenderse, sacó quinientos rublos de su blusa y se los pasó a su cómplice con un gesto elegante y socarrón.

El compañero Alejandro se sintió confundido y satisfecho a un tiempo.

—Compañero Juez—dijo, cambiando de mano el dinero—retiro mi acusación.

El Juez lo miró con ojos burlones mientras Anastasia se reía. Y añadió estas palabritas: —Usted, compañero Alejandro, pagará según ordena la ley el 30% de su sueldo mensual a Anastasia Petrovna para el sustento de su hijo durante dieciocho años hasta que el niño se haga grande.

Anastasia rió ahora más fuertemente y la Corte con ella.

Particularmente significativa fué por los años 80 la influencia del conde León Tolstoi, no del artista que era desde hacía mucho tiempo ilustre a justo título, sino del predicador, del monitor.

El más sanguíneo de los realistas se puso de pronto a enseñar que el verdadero fin de la vida consistía en una preparación para la muerte.

Pero si para la "intelligentsia" el tolstoiismo significó una renuncia a la lucha activa, para los obreros fué con frecuencia la forma primera, aún vaga, de protesta contra la injusticia social. Porque las mismas ideas cumplen a menudo funciones opuestas en las distintas capas sociales.

León Trotsky.—Vida de Lenin.

POR JOSÉ JOAQUÍN VALLEJO

(Jotabeche)

1809-1858

CELEBRES escritores de mi país y de mi tiempo suelen tomarse el laudable trabajo de referirnos las hazañas y altos hechos de los jefes de nuestra independencia; en vida, si ocupan puestos elevados, en muerte, si con ella han salido del infortunio.

Yo, hombre del vulgo, soldado raso de nuestras filas de escritores, acostumbro elegir mis héroes entre los soldados rasos de esa guerra gloriosa. Los que fueron sus grandes caudillos pueden contar con que alguien consignará la memoria de sus virtudes, por lo menos en una necrología; yo quiero hacer este estéril obsequio a los rotos que, con el fusil o la lanza se atraieron entonces la admiración de sus mitades, no dejando otro monumento de su bravura, que las leyendas de los vivaques del ejército de la República.

Hace dos años, revelé a muchos de mis lectores la olvidada existencia del impávido Lorenzo Coronado: hoy que, como entonces, bailaremos y beberemos en los festines cívicos, propongo un brindis a la memoria de otro bravo, de otro de esos leones famosos en los escuadrones de la patria.

En los últimos meses de 1820 tenía lugar una pelea encarnizada, un duelo a muerte entre los vencidos y los vencedores de los llanos de Maipú. El palenque de estas escenas sangrientas era la provincia de Concepción.

Benavides, Zapata, Pico y otros realistas recorrían aquellos campos y no

daban cuartel a enemigos ni a neutrales.

Los patriotas Prieto, Arriagada, Boile, Viel, Elizalde, Torres y García defendían las orillas al norte del Ñuble y del Itata para impedir que los vencedores del Pangal invadieran más territorio con sus asoladoras indiadadas.

Las vegas de Talcahuano, hoy cubiertas de cuanto bello y rico pueden dispensar a la tierra la naturaleza y la paz, se veían, en esos meses, cubiertas de cadáveres y de todos los destrozados de la guerra. Allí se acuchillaban, cada madrugada, los bandidos de Benavides que ocupaban a Concepción y un puñado de valientes que, a las órdenes del valiente sin par Don Ramón Freire, se habían encerrado en Talcahuano, después de disputarle al montonero realista los palmos de terreno, diezmandole sus batallones y sus inagotables bandas de salvajes araucanos.

Los Perales, punto medio entre ambas ciudades, lo era de estos diarios encuentros. A veces los patriotas sableaban a los enemigos hasta las alturas de Chepe y Gavilán; otras, éstos perseguían a los nuestros hasta los mismos fosos y puentes levadizos de sus reductos.

Muchos meses se pasaron en tan tristes fatigas. El hambre y cuantas calamidades lleva consigo un sitio riguroso ejercía su desesperante dominio en Talcahuano; con sangre había que conquistar una res o un alimento cualquiera; las caballerías malparadas poco au-

xilio prestaban a los jinetes; el desaliento ya empezaba a aparecer en los semblantes. En todos los corrillos se vertían quejas insultantes contra el Gobierno de Santiago que así abandonaba en el sur nuestra esqueletadas divisiones.

Por otra parte, cansado Benavides de asaltos y escaramuzas, siempre funestas a los suyos, había reducido las operaciones del sitio a una inacción harto vigilante, esperándolo todo del desaliento que de ese modo introducía en los sitiados; más de quince días se pasaron sin que los patriotas tuviesen la ocasión de hacer un prisionero que les comunicara las noticias que apetecían.

Caía la tarde del 22 de diciembre. El general Freire, rodeado de Larenas, Díaz, Rivera y Picarte, afirmado en una culebrina abocada hacia Perales en una tronera de la fortaleza, dirigía silenciosas y alternativas miradas al campo enemigo y a la entrada del puerto que señala la pintoresca Quiriquina. ¡Ni una vela de Valparaíso... ningún movimiento en los reales contrarios!

—Esto es peor que la muerte, diio, sin dirigir la palabra a nadie. Por mi honor, señores, añadió hablando a sus camaradas, que estoy decidido a no morir de hambre en este limbo. Mañana hemos de comer en Concepción o en los infiernos.

Y el coraje animaba las facciones del guerrero más gallardo y valiente de aquellos días. Después de algunos momentos de silencio, exclamó:

—¡Un prisionero...! ¡cómo hacer un prisionero! ¡Si supiésemos dónde se hallan las otras divisiones...! ¡qué es de Prieto, de Arriagada, de ese prometido refuerzo! ¡O quizá habrán avanzado estos pícaros montoneros hasta el Mau-

le...! ¡Caramba! daría mi mejor caballo por un prisionero.

—Elijo el tordillo negro, mi general, salió una voz de algunos pasos a retaguardia.

—Cómo, cabo Montero, gritó Freire, ¿me cogéis la palabra?

—Por la hambre que corre, mi general, que mañana lo habré ganado o estaré descansando con el catalán Molina, que despedazaron esos perros. ¡Oh! ¡ése me la deben los cobardes!

—Está dicho. Mañana seréis sargento o alma del purgatorio. Os conozco, tigre de cazadores.

—El caballo es para mí, mi general: pido la jineta para otro.

—Será de quién gustéis. Pero yo necesito un prisionero que no valga menos que mi caballo. Necesito un oficial de esos ladrones.

—Se hará la diligencia, mi general.

Y llevando a la gorra el revés de su mano derecha, giró sobre la izquierda y echó a andar con marcial desenvoltura el cabo Francisco Montero.

Tiraban el cañonazo de retreta, y por el portón de la fortaleza salieron al campo dos cazadores montados, después de rendir, con el santo, al oficial de guardia, el teniente Bulnes.

* * *

Blanqueando venía la aurora de la madrugada siguiente. Profundo era el silencio de las Vegas; triste aquella hora solemne, que festeggia con alborozo la creación entera, y que entonces sólo la saludaban los últimos ronquidos de las ranas de los charcos inmediatos a la punta de los Perales.

A dos cuadras de este sitio, hacia

Concepción, se veía un rancho pajizo. Los vientos y el abandono habían desgarnecido casi del todo su techo, y estropeado sus costados de quincha. La puerta, si la tuvo, había desaparecido.

Dos hombres estaban dentro, armados de sables desnudos y largos puñales a la cinta. El uno permanecía inmóvil, asomando la cabeza por un agujero del rancho que daba vista al camino de Concepción, el otro concluía un cigarrillo, teniendo de las bridas dos caballos ensillados y acariciándoles la tusa cuando querían moverse.

—Toma el pucho, Pancho, dijo el de las bridas al azalaya. Vente aquí: déjame el puesto por un rato.

—Apaga, diablo, tu humareda, le contestó Montero: la descubierta está sobre nosotros.

—¿Y qué tenemos? ¿caballería o infantería?

—Una y otra... Cuatro... cinco jinetes... Una mitad de fusileros con un oficial... ¡Oh, tenemos un teniente por lo menos! Las cosas van a que pides boca.

—Y el resultado será que nos hagan añicos. De veras, Pancho, que me has metido en un berenjenal.

—A caballo, hijo mío. Así que yo te haya cortado al matucho, le coges por el cuello o la cintura, y vuelas. Te juro por las entrañas de Dios que no han de tocarte un pelo. Animo y sígueme.

La descubierta de Benavides se hallaba a pocos pasos del rancho, cuando le cargaron los demonios que de allí salieron. El caballo de Montero arrolla la cabeza del piquete de infantería: el otro sienta el suyo a los pies del oficial, le echa garras, pica las espuelas y

parte con toda la velocidad que éstas y el terror daban al bruto. Montero, semejante a una legión de furiosos, reparte por doquier golpes incurables, y no trata de retirarse sino cuando cree a su compañero a una distancia en que no puede ser alcanzado y atacado para libertar la presa.

Buen trecho tuvo que sostener la retirada de éste, sufriendo la tenaz persecución de los tiros de los infantes y sablazos de los jinetes; la sangre le corría por el rostro; un balazo le tenía dormida una pierna. Pero él había desmontado a dos soldados y los otros tres no le entregaban el cuerpo; contentándose con retarle y cargarle muy respetuosamente, cuando el cabo echaba a correr delante de ellos. Al fin, se convencieron de que mejor les estaba quedarse dueños del campo y dejar perdido lo perdido. Entonces Montero alcanzó a su halcón, montaron su prisionero a la grupa, y un cuarto de hora después recibía el general Freire un capitán español por su caballo.

Es un hecho que en la tarde de este día hubo un combate sangriento entre las caballerías de ambos bandos: nuestros cazadores quedaron con la victoria. Al día siguiente, el 24 de diciembre, los sitiados de Talcahuano entraban triunfantes por la alameda de Concepción: Zapata era batido y muerto en las inmediaciones de Chillán.

* * *

Después de esta época, se encuentra una laguna en la vida de mi héroe. Parece que aliado del cacique Venancio recorrió por muchos años, las tierras de Arauco y las pampas patagóni-

cas, haciéndose más y más célebre por su bravura. Cuando llegó a su ocaso, fué tan brillante como en toda su carrera.

Un día de años pasados, se presentó en la guardia de prevención del batallón Suipacha, acuartelado en Buenos Aires, un coronel que se anunció portador de un pliego para el comandante de aquel cuerpo, y fué introducido a su presencia.

Cincuenta años de edad, cuerpo alto, seco y huesudo, bigotes canos y cerdosos, vestido algo anticuado, charreteras mohosas y una espada de poco comunes dimensiones, daban a este hombre un aire más bien respetable que ridículo.

Pasados los saludos acostumbrados, leyó el comandante el pliego que se le entregara, salió fuera y volvió a entrar después de algunos minutos.

Un pelotón de fusileros descansó armas a la puerta.

—¿Sois vos el coronel don Francisco Montero?, preguntó el comandante al viejo militar que hemos descrito.

—Servidor de Chile y vuestro.

—Gracias. ¿Conocéis el contenido del pliego que os han encargado para mí?

—Me han dicho que era una orden para que me alojarais.

—Estáis equivocado, coronel, y lo siento. Dignaos pasar la vista por él.

—No sé leer, comandante.

—Pues entonces, oíd. Y éste leyó: Viva la Confederación Argentina. — Cuartel General en Buenos Aires, etc., etc.—El comandante del batallón Suipacha hará fusilar en el acto al portador de este pliego, el titulado coronel Francisco Montero: así conviene al orden.—Dios y Libertad.

El comandante llamó la firma y año-

dió: —Dispones, coronel. La tropa esperará cinco minutos vuestras órdenes.

Montero estaba pálido cuando acabó aquella lectura. Un ruidoso suspiro salió de su ancho pecho, una enorme lágrima se deslizó por su mejilla. El león se veía irremisiblemente arrinconado por los perros.

Notando, entre tanto, el comandante que su reo empezaba a encrespase como un tigre que se dispone a la matanza, le ordenó imperiosamente que entregara la espada.

—Decidme antes, le replicó Montero, ¿estáis resuelto a cumplir esta orden de asesinar me?

—Y ¿os parece, coronel, que querré verme mañana en vuestro actual conflicto?

—Si es así, defendeos. La espada de Francisco Montero será de quien le acabe.

Y sacándola, cayó como una centella sobre aquel jefe, y cuantos acudieron en su auxilio. Montero, en medio de una confusión de gritos de alarma y ayes de moribundos, atravesado el pecho de un balazo, rodó por el suelo abrazado a su tizona.

El camino que eligió Aliocha iba también en sentido opuesto... Pudo haberse declarado así de igual modo ateo o socialista, porque el socialismo no es meramente una cuestión de trabajo: antes que nada es la forma en que se presenta hoy el ateísmo, es la cuestión de la torre de Babel construída a espaldas de Dios, no para subir de la tierra al cielo, sino para hacer bajar el cielo a la tierra.

Dostoiewsky.—Los Hermanos Karamazov.

LLOREMOS Y TRADUZCAMOS

La célebre consigna de Larra: "Lloremos y traduzcamos" que nuestro Sarmiento repitiera aquí en Chile, a los pocos años de ser acuñada en Madrid, no ha perdido aún su vigencia, al punto que Ortega y Gasset vuelve sobre ella en fecha reciente. Sin embargo, este volumen de BABEL significa tal vez una pequeña alteración de su primera parte. Pues su director, fiel desde el nombre, a la enseñanza del verdadero filósofo salido de España—de la España barroca, se entiende, ha substituído el lloro por la búsqueda serena y resignada de cuanto apetecía su espíritu insatisfecho.

Claro que a menudo esta necesidad de buscar lejos algo que se considera inherente a la propia imagen del mundo, no deja de ser triste hasta las lágrimas. Pero ocultándolas tras una justa inteligencia en el sentido más amplio de la palabra, se obtiene una confirmación autorizadísima, rica en matices, que si bien obrida en la sombra lo más íntimo y personal, proyecta en cambio una luz alta y objetiva para un mayor número de lectores. Porque en buenas cuentas el pensamiento que se produce en un solo idioma difícilmente supera al que resulta de la suma y conversión de muchos, por más que este pensamiento sea el mismo en lo esencial.

Por otra parte, causas distintas, que sería obvio enumerar, han determinado una interdependencia intelectual en la que desgraciadamente el castellano cuenta hoy en grado mínimo. Basta una ligera ojeada a cualquier suceso de alcance universal para comprobarlo. Por ejemplo, el pacto ruso-germano a través de la media vuelta que dieron algunos notables escritores que apoyaron los devaneos de Stalin hasta la víspera.

Mientras que en inglés, francés y alemán existe ya toda una literatura al respecto, en nuestro idioma apenas si puede contarse con los dedos de una sola mano a los literatos capaces de referir negro sobre blanco su experiencia de los últimos años.

Por tanto, ¿qué otro remedio queda en éste, como en muchos otros casos, que el de buscar y traducir? Es lo que hemos hecho en este volumen inicial y lo que continuaremos haciendo en los subsiguientes. Eso sí, dentro de un propósito definido y sin exclusiones arbitrarias de hombres y de ideas por razones de orden táctico... En esto BABEL constituye sin duda un ejemplo para muchas revistas que se dicen liberales y avanzadas. La extraordinaria acogida que le ha dispensado el público en general, así como la prensa chilena y americana en particular, con la excepción esperada de los grupos sectarios y burocráticos de la cultura, nunca menos papistas que el Papa—rojo o negro—sino más, como impone el lugar común, nos indica que debemos persistir en nuestra posición.

Desde luego, estamos lejos de creer logrado el empeño de BABEL y muchas energías serán aún necesarias para perfeccionarlo, empezando por la versión del mismo material a nuestro idioma. Con todo, podemos afirmar sin orgullo ni humildad que su conjunto vale más que cualquier curso universitario sobre los problemas que han primado en sus páginas, libres de la actualidad sensacional, aunque no de su documentación.

Algunos publicistas aprensivos la están aprovechando ya en crónicas alarmantes sin mencionar el origen de su conocimiento. ¿Qué importa?

La meta de BABEL está muy por encima de lo inmediato y alcanzable. Sus pretensiones van más allá del éxito y la burla superficiales. El tiempo dirá sí con algún motivo. Por ahora, en la imposibilidad de añadir, según pensábamos, una clave más o menos completa acerca de los ciento cincuenta autores que figuran en este volumen, nos limitamos a destacar poéticamente el parentesco espiritual de la mayoría, citando como al final de la Introducción, estos otros versos de Rubén Darío:

Los mismos ruseñores cantan los mismos trinos
y en diferentes lenguas es la misma canción.

E. E.

(Volumen I)

Araquistain, Luis: Retrato de Hitler	7	Gerchunoff, Alberto: Carrión de los Condes	50
Auden, W. H.: El catolicismo y la democracia	238	Gide, André: Jef Last	13
Bergson, Henri: Pensamiento y Acción	129	A algunos nuevos convertidos	226
Boas, Franz: Migraciones históricas	170	Giono, Jean: Certidumbre	201
Bossoutrot, Lucien: Ansia de un mundo nuevo	101	Goffin, Robert: Rimbaud católico	230
Briffault, Robert: El individuo y la sociedad	130	González, Eugenio: Nosotros y Europa	218
Buber, Martín: Un proceso espiritual	117	Groussac, Paul: Pascua sangrienta	90
Cancela, Arturo: Polémica sorda	155	Guéhenno Jean: La fiesta de Hércules	3
Cardoza y Aragón, L.: El ejemplo de León Felipe	271	Guillén, Nicolás: ¡Dale con la mocha!	221
Cassou, Jean: Examen de conciencia del intelectual	106	Heine, Enrique: El Evangelio y la Filosofía	65
Cowley, Malcolm: Frau Marx	125	Hemingway, Ernest: Apuntes sobre la próxima guerra	99
Chamson, André: Recuerdo de La Comuna	173	Hernández Catá, A.: La palabra muerta	179
Dabit, Eugène: Reflexiones póstumas	247	Hernández, Miguel: El niño yuntero	43
Darío, Rubén: Visiones proletarias	223	Hook Sidney (y otros): En defensa del pensamiento libre	142
Dreiser, Theodore: ¿Qué es el americanismo?	197	Hudson, W. H.: El caballo y el hombre	185
Drieu La Rochelle, P.: El escritor y el político	71	Huizinga, J.: La cooperación intelectual	112
Edwards Bello, J.: Juicios extranjeros sobre Chile	10	Huxley, Aldous: De la vulgaridad en la literatura	249
Einstein, Albert: La unidad de la vida	33	Huxley, Julián: El concepto de raza	171
Espinoza, Enrique: Resurrección y símbolo	1	Ichaso, Francisco: Meditación del impedido	253
Lloremos y traduzcamos	284	Jarnés, Benjamín: Raza, grillete Jotabeche. (Ver Vallejo, José Joaquín)	164
Fargue, León-Paul: Del antisemitismo	174	Juárez, Mario: Un poeta alciónico	122
Farrell James, T.: Final de una Década	259	Kerr, Alfred: Recordando a Walter Rathenau	47
Felipe, León: El Hacha	273	Kersten, Kurt: Goethe y la Revolución Francesa	105
Forsythe, Robert: Yo conocí a Ernst Toller	133	Larbaud, Valery: Para una musa de doce años	236
Franco, Luis: Coplas de gesta	123	Larra, Mariano José de: Fray Bartolomé de las Casas	257
Frank, Waldo: Carta Whitmaniana	110	Lasky Harold, J.: El deber del escritor, ahora	274

Last, Jef: Dos fragmentos de un discurso en Madrid	15	Paz, Magdeleine: Marcel Martinet	202
Lawrence, D. H.: Del destino humano	225	Pereyra, Carlos: Rutas de América	167
Lewisohn, Ludwig: El arte de traducir	258	Picón Salas, M.: Americanismo y autoctonismo	78
Lillo, Baldomero: La cruz de Salomón	62	Prenant, Marcel: La Revolución Francesa en el mundo	67
Lipschütz, Alejandro: Freud y el hombre moderno	212	Prieto, Emilia: Cézanne, el solitario de Aix	251
Litauer, E.: La filosofía "pura" de Martín Heidegger	240	Quiroga, Horacio: Los Precursorres	28
Ludwig, Emil: Postscriptum a Mussolini	16	Radziwill, Catherine: Stalin habla de Hitler	144
Lugones, Leopoldo: La raza, el gran equívoco	161	Reyes, Alfonso: Aduana lingüística	118
Macdonald, Dwight: Veinticinco millones de nosotros	222	Rivera, Diego: Programa de lucha o de adaptación	20
Machado, Antonio: Alemania o la exageración	97	Rojas, Manuel: El espíritu revolucionario en nuestros pueblos	77
Malraux, André: La novela y el reportaje	131	Rosenberg, Arthur: La Revolución de Octubre	209
Mann, Thomas: La guerra como solución desesperada	37	Rosenfeld, Paul: James Joyce, ¿genio o charlatán?	135
Mardrus, J. C.: La misión del escritor	69	Sachs, George E.: Rainer María Rilke en España	176
Mariátegui, José Carlos: El Hombre y el Mito	255	Salazar, Adolfo: Notas sobre la Revolución Francesa	75
Marinello, Juan: Nicolás Guillén	220	Sanin Cano, B.: ¿Quién es mi prójimo?	23
Martí, José: En la muerte de Marx	127	Trescientos millones de víctimas	103
Martinet, Marcel: Algunos recuerdos	204	Santayana, Jorge: Paganismo	44
Martínez Estrada, E.: Leer y escribir	87	Sarmiento, D. F.: El indio Juan Chipaco	156
Maurois, André: Eugene Dabit	246	Schuman, F. L.: Furor teutonicus	140
Mistral, Gabriela: Recado sobre un mito americano	183	Schweitzer, Albert: Cultura y libertadad	195
Montenegro, Ernesto: El escritor y el pueblo	57	Serrano Plaja, A.: El genio de España	54
Morand, Paul: La Argentina y los franceses	82	Sheean, Vincent: Brumario	261
Mumford, Lewis: El poder de lo patológico	4	Stevens, John: Prudencia Paterna	278
Navarro, Tomás T.: Miguel Hernández, poeta campesino	42	Silone Ignazio: Un recuerdo infantil	27
Nietzsche, Federico: Crítica de la cultura	193	Spender, Stephen: El punto de vista moderno	40
Nomad, Max: Polonia sin aureola	266	Toller, Ernst: Hábil interrogatorio	56
Ortiz, Fernando: ¿Raza o cultura?	163	Trotsky, León: Krupskaja ha muerto	60
		Una lección recientísima	148

Valery, Paul: América, proyección del espíritu europeo ..	34	Wilson, Edmund: Stalin como icono ..	25
Vallejo, José Joaquín: Un soldado de la guerra a muerte ..	280	Humanismo marxista ..	198
Vicuña, Carlos: Semblanza de un maestro ..	88	Zulueta, Luis: Raíz y frutos ..	168
		Zweig, Stefan: La rebelión de Tolstoi ..	137

INDICE DE ACOTACIONES

Alomar, Gabriel ..	166	Martí, José ..	12
Bartlett, Vernon ..	147	Marx ..	196
Butler, Samuel ..	41	Mathiez, Albert ..	68
Brandes, Jorge ..	70	Mehrig Franz ..	116
Dostoiéwsky ..	283	Meredith, George ..	59
Engels ..	203	Nietzsche ..	49
Friedell, Egón ..	86	Ortega y Gasset, J. ..	245
Ganivet, Angel ..	36, 235	Renard, Julio ..	200
Gide, Andrés ..	201	Reyes, Alfonso ..	162
Goethe ..	89	Rivarol ..	24
Groussac, Paul ..	182	Rojas, Fernando de ..	55
Hebbel ..	46	Rosenberg, Arthur ..	96
Kessler, H. Conde ..	64	Sarmiento, D. F. ..	173
Krupskaja, N. K. ..	61	Silone, Ignacio ..	194
Larra ..	2	Strachey, John ..	128, 200
Lastarria, J. V. ..	173	Toller, Ernst ..	132
Lenin ..	139	Trotsky, León ..	239, 279
López, León H. ..	2	Turgueniev, Iván ..	154
Lugones, Leopoldo ..	81	Unamuno ..	169
Luxemburgo, Rosa ..	256	Valery, Paul ..	102
Machado, Antonio ..	32	Whitman, Walt ..	229

NOTICIA IMPORTANTE:

Con este número completamos el primer tomo de "Babel", que se forma con los números 1 a 9. Precio: \$ 12.—

Solicítelo a sus editores: Editorial Nascimento, Ahumada 125, Santiago.

publicaciones de América.

"Sólo lo mejor de cuanto se publica" es el lema de la nueva revista. Y en efecto hallamos que las firmas que se juntan en cada número son las más representativas del pensamiento actual, y que los asuntos que se dilucidan son aquellos que tienen abierta su interrogación sobre el instante que vivimos.

Los mejores ensayistas de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de América, tienen aquí en estas páginas de sencilla pero decorosa presentación, un sitio de convivencia. Muchos nombres apenas conocidos entre nosotros se barajan con los ya confirmados por la reputación universal.

Tiene Enrique Espinoza una sólida cultura hecha en la directa fuente de las literaturas más diversas. Conoce lo mejor de todas partes. Posee en grado altísimo la sensibilidad capaz de saber siempre lo que hay de real significación y mérito en un autor. No se deja engañar fácilmente por las apariencias.

Buscador de una verdad que parece siempre tan difícil de hallar para un espíritu sincero y libre, su inquietud le hace recorrer sin cesar los panoramas de las ideas que inquietan al mundo y de los hombres que las suscitan.

Y así le vemos sin dogmatismos, con simpatía por lo mejor, es decir, por lo auténtico, incorporar a su obra lo más real y humano que es siempre lo mejor y tal vez lo único.

BABEL es en cierto modo, la expresión externa de su espíritu. Sus páginas son como un "convivio" al que se sientan los que tienen algo que decir.

Son muchas las "revistas de revistas" que van apareciendo en América. Pero tales publicaciones rara vez responden a un alto sentido de responsabilidad orientadora. BABEL se destaca por la firmeza de su concepción. No es una reunión de trabajos entresacados, para satisfacer a los lectores de todos los gustos, para movilizar todos los desganos con anécdotas y curiosidades. Es una revista responsable en la que todo representa un aspecto de la inquietud universal.

Diríamos que BABEL es una gran revista de opiniones, de ideas, de problemas, donde se juntan los espíritus más lúcidos, para decir su palabra de verdad, de claridad.

Félix Lizaso.—Acción. La Habana.

BABEL, que edita Nascimento y dirige Enrique Espinoza, revista limpia de impresión y más limpia aún de espíritu. Cada número es como un libro escrito por autores seleccionados por una mano de fina muñeca y por una inteligencia de fina perfección y de firme criterio.

Manuel Rojas.—Las Últimas Noticias.

El autor de "La levita gris", "Ruth y Noemi", "Compañeros de viaje" y otros valiosos libros de cuentos, de relatos de viaje y de crítica, ha comenzado a publicar en la capital chilena una revista de revistas con el título de BABEL, el mismo con que publicó hace cerca de veinte años otra revista de corta pero señalada existencia, y el mismo con que difundió excelentes ediciones de los mejores escritores nacionales.

Hernán Gómez.—La Capital, Rosario.

Por razones de orden técnico

BABEL

no aparecerá durante los meses
de febrero y marzo